

**VIVA LA RAZA,
VIVA PANGHO VILLA,
VIVA MURRIETA,
VIVA ZAPATA**

El 13 de abril de 1972 no terminó el vuelo 91 que unía Albuquerque (Nuevo México) con Phoenix (Arizona). Seguro que estos nombres les dicen algo. Los hemos visto, oído, soñado asociados a toda la mitología USA. Por estos paisajes han pasado los cascos de los caballos de los conquistadores modernos, aniquilando la raza india, expropiando a la población mexicana. Hemos aplaudido el momento en el que una trompeta lejana anunciaba la llegada de los soldados liberadores de un fuerte asediado por pobres indios armados de gritos y fusiles robados. Nos hemos puesto del lado de Gary Cooper cuando ha tratado de engañar al «peladito» revolucionario, o al lado de Rod Cameron. Eran el chico y los indios, y los mexicanos han sido los malos tradicionales del Far-West. También si analizamos ese vuelo 91 entre Albuquerque y Phoenix, ese vuelo que no terminó bien, el malo de esta película es un mexicano: Ricardo Chávez. Con la punta de su pistola, Chávez realizó un secuestro aéreo que atrajo por unas horas la atención mundial sobre el problema «chicano». Unas horas. Apenas unas horas. Poco tiempo de noticia en las primeras páginas si lo comparamos a la ca-

cción de los «chicanos». Hay un desigual talento entre los «rebeldes» hispanoparlantes de la costa del Este (los portorriqueños) y los «rebeldes» más o menos hispanoparlantes de la costa del Oeste, los «chicanos». Los portorriqueños abandonaron Puerto Rico para trasladarse a los Estados Unidos en busca de un mercado de trabajo más favorable. En cambio, los «chicanos» proceden en buena parte de aquella población mexicana que perdió todas las guerras de anexión iniciadas por los «gringos» al día siguiente de la ya famosa guerra de la Independencia. Ahora, el movimiento «chicano» está prendiendo con especial fuerza. Hay que situarlo como una más de las minorías «contestatarias» USA. Negros, «chicanos», «gay power», «women's lib», jóvenes radicales plantan sus mesas petitorias en los «campus» de las Universidades propicias o abren oficinas de propaganda en los mismísimos edificios de la Unión de Estudiantes. Es casi como si el SEU en los años cincuenta hubiera cedido parte de sus dependencias para estudiantes afiliados al partido comunista de España, o al ASU, o a la NIU. Los «chicanos» se plantean su lanzamiento político como una cuestión de «marketing». La influen-

cia de la cultura publicitaria es arrolladora en los USA, y no ha de extrañar, pues, que los jóvenes intelectuales del movimiento estén

Las publicaciones «chicanas» denuncian los acuerdos de alto nivel entre los poderosos Estados Unidos y México, mientras no se resuelven los problemas de los mexicanos en Estados Unidos y de la inmigración al país. Consideran que los acuerdos de Echevarría y Nixon son actos de «public relations»...



LOS MEXICO-AME

dena perpetua que ha caído sobre el secuestrador.

«Marketing» y revolución

En San Francisco hay unos setenta mil «chicanos». En Los Angeles hay centenares de miles. Como en todas partes, los inmigrantes de última hora son los que ejercen los peores oficios, los que ocupan los lugares que han rechazado los aborígenes mejor o peor aposentados. Es el caso de los españoles, griegos, turcos, italianos, tunecinos, marroquíes en toda Europa. Es el caso de los «charnegos» o «maquetos» dentro de España. Lo que ya no es tan normal es que en estas tierras de California o en Nuevo México ese papel de subempleados lo desempeñe una población mexicana que llegó allí bastante antes que los «gringos», y que tras el expolio territorial ha tenido que adecuarse a las desiguales reglas del colonialismo económico.

Es esta condición de expolio previo, enajenación económica laboral posterior, la que ha dado características especiales a la reivindi-



El partido La Raza Unida se presenta a sí mismo como el trampolín del pueblo «chicano» hacia la emancipación en el Suroeste de los Estados Unidos o Aztlán. «La Raza» es su órgano de expresión



RICANOS

M. VAZQUEZ MONTALBAN

buscando «la imagen» que deben dar, «el rostro» de un movimiento llamado a ser la segunda pesadilla política del «establishment» y tal vez más peligrosa incluso que el movimiento negro.

¿Por qué ese peligro?

Uno no lo adivina cuando por su propio pie recorre los pasillos del edificio de la Unión de Estudiantes de la Universidad de Berkeley y pasa del departamento dedicado a los radicales al dedicado a las «women's lib» o al de los «chicanos». A uno esto le parece un «drugstore» ideológico, un inmenso supermercado de palabras, actitudes, semiología, perfectamente estuchados y con el marchamo de garantía del orden establecido e integrador. A uno, está «permisibilidad» de puertas adentro le confirma la permisibilidad de puertas afuera que ha contemplado en las arboladas plazas de Berkeley, llenas de oradores brillantes u opacos, escuchados o solitarios, que defendían todo lo defensible y condenaban todo lo condenable. Desde el orador, con

mucho éxito, que trataba de clasificar sexualmente a Jesucristo, hasta el orador que propagandaba la Biblia sin que nadie le escuchara, en una Universidad «progre» cabe todo. Esa es una experiencia que ya podemos hacer sin necesidad de cruzar «el charco». También las Universidades europeas se han convertido en supermercados ideológicos, en los que las etiquetas, los estuches, las marcas, se multiplican en un frenético reparto de contenidos poco diversificados y perfectamente controlados por la sanidad pública.

Pero en los Estados Unidos, la primera regla que se impone sobre el impertinente mirón es la de que las apariencias casi siempre engañan. En «Barb», una revista «underground» que venden no sólo en el «campus», sino por las calles de San Francisco, me entero que ha sido acribillado en la Baja California un sacerdote «chicano», militante del movimiento La Raza. De eso se habla precisamente en la oficina «chicana» de los estudiantes de

Berkeley. Y se habla en inglés, porque del grupo de estudiantes «chicanos» que permanecen en la oficina, respaldando este producto del «chicano power», sólo una muchacha habla castellano. Me llena los brazos de folletos y los oídos de razones. Son demasiados folletos, demasiadas razones para escucharlas de pie y en tan poco rato. Voy bien acompañado de guías de Berkeley: María José Ragué, por ejemplo, y Xavier Rubert de Ventós. Para la Ragué, volver a Berkeley es su especial retorno a las fuentes. Apenas hace un mes se apuntó a un vuelo «charter» Barcelona-San Francisco. Ahora ha vuelto en el nuestro. Y no se mueve de Berkeley o se mueve poco.

Es comprensible. Berkeley conserva una cierta magia de palabra libre en la «reserva» libre. Porque como toda Universidad, Berkeley parece ser una reserva para comanches que han recorrido la Historia con velocidad de «sprinters», mientras el resto de los seres humanos han ido en plan de paseo o como corredores de fondo. Cada cinco años, las Universidades se llenan de nuevos «sprinters». Algunos saldrán de ellas como corredores de fondo, y su función no será otra que sumarse a los corredores de fondo que siguen su larga marcha entre «el casi nada» y el «algo».

Esto va en serio

El movimiento «chicano» tiene sus héroes históricos y sus héroes

actuales. Reivindica la sangre antigua de Zapata, pero también la sangre actual, sangre auténtica derramada por la represión. Hay muertos reales bajo las descargas de la Policía cuando las acciones reivindicatorias superan los límites de la permisibilidad. Uno podía inicialmente sorprenderse a la vista de enérgicos «slogans» desplegados por el movimiento «chicano»: «El que se resigna a ser gusano, pierde el derecho de protestar cuando le pisan». Pero es que la cosa va en serio.

En la Baja California, el partido de La Raza ha presentado dura batalla electoral contra el partido demócrata. ¿Por qué precisamente contra el partido que, desde una óptica europea, mejor se había portado con las minorías? La respuesta me la da un estudiante «chicano» de Los Angeles: «Es el más peligroso porque es el que más ha estado engañando durante años a las comunidades «chicanas». Los «chicanos», como los «panteras negras», empiezan a mostrarse mucho más duros con los moderados que con los «ultras» que se les oponen abiertamente. «Ya en las elecciones parciales de mil novecientos setenta y uno, el partido demócrata ha sufrido un serio descalabro y una verdadera lección política que lo ha dejado todo atolondrado y llorando amargamente. Testigos de ello han sido los senadores federales señores Muskie, Cranston, del Estado de California, y Kennedy: los dos primeros comprobaron la derrota personalmente, y el tercero, a lar-

LOS MEXICO-AMERICANOS

ga distancia. Otros que todavía lloran la derrota democrática, y con más amargura, por haber participado personalmente, son los asambleístas Kerabian, Moretti, Roberti, etcétera; todos ellos con innegables aspiraciones políticas y con fuerte apoyo monetario de industriales, comerciantes y ricachones explotadores del pueblo, los cuales trataron inútilmente de confundir al pueblo y consolidar su fuerza política al apadrinar con decidido apoyo a un oscuro pero dócil títere politiquero llamado Richard Altorre, el cual, si de casualidad le da por ahí una pizca de vergüenza, no asomará de nuevo sus narices en el campo político tratando de engañar y traicionar a los moradores de los barrios "chicanos", los cuales merecen más respeto, y no tratar de comprarlos con un misero "poholder".

El partido La Raza Unida se presenta a sí mismo como el trampolín del pueblo «chicano» hacia la emancipación en el Suroeste de los Estados Unidos o Aztlán. En un manifiesto lanzado a través de la publicación «La Raza» se dice: «Mexicano, español, indio, mestizo, mexicano-americano, latino, "chicano", como quiera que te llames, todos somos hermanos, todo sufrimos las mismas injusticias; por lo tanto, todos debemos unificarnos. Todos tenemos el deber de ser miembros del partido de La Raza Unida y trabajar por él». Y a continuación escriben: «Recuerden que la justicia y la libertad no son dones que se regalan, sino principios por los cuales se lucha y por los cuales han luchado todos los pueblos oprimidos del mundo... Y nosotros somos un pueblo oprimido, muy a pesar de la cacareada democracia representativa cristiana occidental y demás yerbas con que demócratas y republicanos adornan su demagogia en discursos para engañar a los crédulos y dormir a los pendejos».

Este lenguaje violento se corresponde con un gesto, además que representa la violencia revolucionaria allí donde se dé: el puño cerrado. Para un europeo, «la imagen» del «chicano power» queda completada inicialmente por notas tan contradictorias como una reivindicación racista, que no excluye la revolucionaria; la adoración por la Virgen de Guadalupe y por el «Che» Guevara, el puño cerrado y el «marketing», el rechazo de la cultura anglosajona realizado precisamente en lengua inglesa. Para los jóvenes del «chicano power» nacidos en los USA, con varias generaciones «chicanas» en su árbol genealógico, el castellano es más una aspiración que una realidad. En las publicaciones propagandísticas domina el inglés, incluso en aquellas que no tienen una función de concienciación más allá de la ciudad «chicana».

Rubert de Ventós me habla de que los jóvenes intelectuales «chi-

canos» están tratando de crear una «imagen» publicitaria del movimiento capaz de ser eficaz intra y extramuros. Una imagen que ratifique y que represente. En una realidad como la americana, en la que el valor de la persuasión comercial es determinante, no está mal pensado que alguien se plantee un movimiento político revolucionario desde la perspectiva del «marketing». Mientras tanto, mientras se consigue la fijación de esa «imagen», los dirigentes políticos tratan de erradicar el complejo de inferioridad del «chicano» frente al omnipotente anglosajón, dotado de la suficiente fuerza histórica como para atarle al carro de la victoria y convertirle en esclavo. El movimiento «chicano» se esfuerza en resaltar los inventos y contribuciones que los mexicanos han hecho a lo largo de los siglos. Por ejemplo:

— El fusil Mendoza: «Rafael Mendoza, originario de Santo Tomás, distrito de Guerrero, en el Estado de Chihuahua, fue quien en 1911 convirtió un máuser en automático y en 1912 perfeccionó la primera ametralladora, con un solo problema: el cargador, que no funcionaba a la perfección, y el Presidente Abelardo Rodríguez acordó enviar al inventor a Norteamérica para que perfeccionara su arma». Lázaro Cárdenas incorporó el fusil Mendoza al Ejército mexicano, lo copiaron los «gringos» y ahora los fusiles M-1 y M-2 están causando estragos en Vietnam.

— El avión como arma de guerra: «México fue el primer país del mundo que utilizó el avión como arma de guerra en el primer bombardeo aéreo acaecido en México a las tropas de Victoriano Huerta en Topolobampo, siendo el capitán Gustavo Salinas y el aviador norteamericano Masson quienes lo realizaron».

— El chicle: «El pueblo maya masticó el chicle de resina o goma del árbol llamado chico zapote. El general Santa Ana lo dio a conocer a Thomas Adams en 1865, cuando se encontraba desterrado en México, y para 1880, un fabricante de Cleveland le dio el sabor de menta. En 1892, Wrigley, hijo, emprendió el negocio en gran escala».

— Sistema de amalgamación: «Fue inventado en México por un minero de Pachuca llamado Bartolomé Medicina, en 1557».

— El oro: «Francisco López fue el primer hombre que encontró oro en California, el año 1842, en la ciudad de San Francisco, en el cañón de San Feliciano».

— La Constitución: «La Constitución de California se escribió, por conquistadores y "conquistados", en el año 1849, en Monterrey, y se

hizo en manuscrito inglés y español; de los que la firmaron se encuentran nombres hispanos, como Pablo de la Guerra, José María Covarrubias, Antonio Pico, etcétera».

Hay aquí una llamada, todo lo ingenua que se quiera, a la razón de ser de un pueblo víctima y un toque de atención al verdugo. Para un americano anglosajón, la aportación mexicana a su entorno ha sido el «night-club» donde el charro canta majosamente «Esos altos de Jalisco» y las muchachas alternan con blusas escotadas, o bien esas latas de chiles con carne y esas tortitas de maíz que de vez en cuando le ayudan a superar la monotonía de la ensalada con salsa supuestamente francesa y el New York Cut Steak.

La Virgen

La Iglesia contempla con desigual distancia la formación de este movimiento «chicano». Ella hubiera preferido la total integración del movimiento dentro de empeños similares al Movimiento de los Derechos Civiles, pero ha sido lo suficientemente astuta como para comprender que las cosas ya no iban por ahí. Para la conciencia del militante del «chicano power», la Iglesia está unida por una parte a la conquista hispana como su gran coartada ideológica, pero por otra parte es un elemento de identificación. «Para el "chicano" —escriben en la revista «La Gente» de octubre de 1972— a quien no conoció, la Iglesia se hizo inadvertidamente un cómplice en una herencia de sangre que no llegó a tener rival en el Nuevo Mundo. Jesús fue tomado por el dios Quetzalcoatl, sediento por la venganza. Cualquier cosa hecha con el gran entusiasmo de los semidiosos blancos españoles fue aceptada con cortesía y nobleza en general como un producto irrevocable del destino. Sin siquiera utilizar la fuerza, la Iglesia ganó. Desafortunadamente, no se dio cuenta de lo que sucedía, y hubo mucho derramamiento de sangre. Pero este derramamiento no sólo fue sobre los indios supersticiosos disidentes, sino también sobre poderosos imperios y civilizaciones arrodilladas ante la fe. Pero la fe se convirtió en una fanfarronada, y la fanfarronada en un baño de sangre. ¡Qué nobles cayeron los indios!».

Ahora bien. Precisamente los actuales «chicanos» se consideran «hijos bastardos de la violencia y de la inhumanidad», que llegarían a ser «herederos de México». Esta gente forma una raza de «perfecta coincidencia». «Visto desapasionadamente, el mexicano es el derivado de dos naciones regias». Este regio hijo de la violencia, la inhumanidad y al mismo tiempo de dos naciones regias, como la amerindia y la española, es el llamado a la

gran victoria. Y en el corazón del «chicano», llamado a la gran victoria, la Virgen María, símbolo de la oposición al protestantismo de los colonizadores anglosajones, es un cálido alimento cordial y espiritual.

«Los huérfanos ahora gozamos de una Madre celestial». Y concluye esta increíble reflexión con los gritos: «¡Viva la Madre de nuestra Raza! ¡Ella exalta nuestra fe! ¡Ella exalta en nosotros la fe!». Algunos curas se han matado en el movimiento. Algunas iglesias se convierten en lugares de reunión y asilo. La Virgen, de esta manera, consigue un lugar de honor junto al retrato del «Che», o al de Zapata, o al de Chávez, o al de Rubén Salazar, muerto bajo las descargas de la Policía.

Los «chicanos», o gran parte de los «chicanos», reivindican la protección revolucionaria de la Virgen, mientras rechazan la vieja imagen de la Iglesia del pasado y a veces del presente. Ha causado un cierto revuelo que un sacerdote español español, de Los Angeles, se negara a bautizar a una niña «chicana» porque su familia no quería pagar los cinco dólares de la minuta. Afortunadamente, otro sacerdote, también español español, se hizo cargo del asunto y bautizó a la niña sin más y sin dólares. La actitud de los escasos españoles que moran en estas tierras ex mexicanas ante el problema «chicano» responde a las mismas actitudes de estos dos sacerdotes antipodas. Los hay que lo contemplan como un espectáculo que ni les va ni les viene. Los hay que toman partido por el «chicanismo» con casi todas las potencias del alma y el cuerpo. Uno de estos segundos casos es el del profesor Blanco Aquinaga, de la Universidad de La Joya, un auténtico luchador al lado del movimiento «chicano».

La religión preocupa al «chicanismo» por encima de los buenos o malos curas. Los «chicanos» reprochan «la armonía y colaboración que secularmente ha habido entre la Iglesia constitucional y las oligarquías económicas, industriales y financieras». Arturo Sánchez escribía en «La Raza»: «Mientras nuestras relaciones sociales favorezcan el individualismo, el clero seguirá generando injusticia, marginación, y la odiosa explotación del hombre por el hombre, y la marcha de este entierro lento del pueblo seguirá su curso, y el triste futuro de los inocentes de nuestra nueva generación será un mundo vil y cruel, más bien un vil basurero preñado de humillaciones, porque nuestro legado no fue el derecho a la dignidad y la justicia, sino el derecho a la pesadilla, la horrible degradación y la humillación para perpetuar una desgraciada existencia sin futuro».

Sánchez se dirige a los sacerdotes y les dice: «Ustedes, como líderes espirituales, tienen la sagra-



Es la enajenación económica, laboral y el expolio previo lo que ha dado características especiales a la reivindicación de los «chicanos». Hay un desigual talento entre los rebeldes hispanoparlantes de la costa Este (portorriqueños) y los hispanoparlantes de la costa Oeste. Unos abandonan Puerto Rico para trasladarse al continente en busca de un mercado de trabajo más favorable. Los otros proceden en buena parte de la población nativa que perdió sus tierras en las guerras de anexión promovidas por los «gringos». Ahora, el movimiento «chicano» está prendiendo con fuerza, y hay que situarlo como una más de las fuertes minorías contestatarias de USA. En la fotografía, el líder César Chávez, rodeado de los suyos...

da misión de una gran responsabilidad, de un deber que cumplir, y de no cumplirlo, aproximan el día en el Antiguo y Nuevo Testamento en que dejan de ser necesarios, porque serán rechazados; porque se olvidan a los pobres, con toda nuestra fe de hoy, lógicamente que los Testamentos serán la fábula de mañana, porque la paciencia tiene un límite».

Sánchez se remonta al Génesis para encontrar la esperanza y el temor como motor del cambio humano e histórico. Hace paralelismos entre las orgías, las voluptuosidades, la represión de los autoritarios Reyes bíblicos y la de los actuales señores de la tierra. «Seguimos la palabra del demonio y no la palabra de Dios. El Evangelio —añade Sánchez— también pertenece a los desprivilegiados, y no sólo a los Rockefeller, Nixons, Reagans, Echevarría o a los demás príncipes despotas monopolistas de la seguridad y deleites continuos, ajenos a los sufrimientos del prójimo».

Tiene un cierto encanto «naif» el patetismo de este artículo, casi in traducible a la lógica europea del siglo XX: «Yo no vengo de rodillas a pedir perdón por el crimen de nuestra pobreza, vengo a apelar a

sus conciencias de hombres dignos, siervos de Cristo, que, como líderes espirituales, deben de rectificar su trayectoria... (...). Porque no debe seguir triunfando el mal sobre el bien por más tiempo, ni la razón de la fuerza, sino el derecho de la razón a la justicia».

Qué son, qué quieren

Pocos países como los Estados Unidos dan la impresión de que uno no entiende nada de nada precisamente cuando empieza a entender algo. Uno puede aproximarse a la realidad de cualquier país europeo a partir de presupuestos y con la ayuda de la información más amplia posible. Esto es imposible en lo que respecta a este auténtico rompecabezas ideológico, social, racial que llamamos USA. Pompidou se quejaba de lo difícil que es gobernar un país como Francia, donde hay más de cuatrocientas clases de quesos. En los Estados Unidos sólo hay un queso «standard», que llegó a España en los años cincuenta de la mano de Cáritas. Pero cada piel humana arropa una soledad de islote. Cada kilómetro cuadrado de piel

humana tiene poco que ver con el siguiente y con el que le precedió.

Rubert de Ventós, que da clases en Berkeley y después las dará en Harvard, me confirmó este desarme del presupuesto a poco que pugnes para meterte en la realidad del país. La apariencia es la permisibilidad, pero la Policía dispara y deja cuatro estudiantes muertos en el «campus» de Kent. Cuatro muertos oportunos que frenaron la escalada de la protesta estudiantil y, sin embargo, no repercutieron en la más mínima conmoción política. La apariencia es la banalidad ideológica, la abundancia de ideologías al servicio de una variadísima gama de intereses. Pero detrás de esa apariencia tal vez podamos encontrar el dramatismo de una colectividad no autoclarificada, que ha falseado su imagen durante más de un siglo y no sabe cómo resolver el divorcio entre la idea y la realidad.

Podemos liquidar el expediente USA llevándonos las europeas manos a la europea cabeza y exclamando: «¡Qué ingenuidad! ¡Cuánto absurdo!». Y ese además será el primer paso para que nosotros mismo destruyamos toda posibilidad de comunicación con una comunidad que gobierna el destino de más de medio mundo.

El problema de «conectar» con cualquier movimiento revolucionario ubicado en los Estados Unidos consiste en la cuadratura de la mente del que llega con las premisas a la europea y trata de aplicarlas a una realidad de raíces distintas, dotada de una dinámica irreconocible. Los grupos revolucionarios potenciales se corresponden a los sectores marginados por una organización prepotente. El sistema capitalista ha dado en USA el espectáculo fastuoso de la facilidad de la promoción y la riqueza en la etapa de conformación del país, y ha creado el mito cultural del «todo es posible» y la realidad incontestable de la sociedad con mayor capacidad de consumo de la Tierra. En esta situación sólo podían entrar en conflicto directo con el sistema los que han quedado al margen del festín, en su condición de expropiados o en su condición de apestandos raciales. El «rostro pálido» tiene la mala conciencia histórica de haber cimentado su predominio sobre los cadáveres de mexicanos e indios, o sobre las espaldas de los negros explotados. Gran parte de su cerrazón racial hay que atribuirle al miedo derivado de esta mala conciencia.

Como réplica, los marginados plantean su reclamación histórica social y racialmente. Todo lo que históricamente les afirma, les da carta de naturaleza, señas de identidad, se convierte en una bandera-prueba que exhiben ante el «rostro pálido» para demostrarle sus raíces en un pasado que el terrible mono blanco perturbó y deformó. Esas señas de identidad van desde el peinado africano de Angela Davis, que hoy repiten en sus cabezas rubias las jóvenes «hippies» como un símbolo de protesta, hasta la Virgen pobre que reivindican buena parte de los «chicanos».

En cambio, se rebelan contra todo tipo de seña de identidad que hasta ahora los «rostros pálidos» han utilizado para marcarles, para situarles en un precario rincón bajo el Sol. Se rebelan los «chicanos» contra los «souvenirs» elaborados de cara al «gringo» indulgente, que compra una mexicana para enseñarla a su familia de «rostros pálidos» como enseñaría el taparrabos de un zulú. Se rebelan contra esas salas de fiestas donde el cantante, disfrazado de charro, obliga amablemente a que el hombre de negocios de Chicago se ponga el sombrero típico y grite: «¡Ayayayayyyyyy!». Se rebelan contra el cine de Hollywood, que insiste en el maniqueísmo «gringo»-bueno, mexicano-tonto y malo.

Las publicaciones «chicanas» denuncian los films racistas. Satirizan a los actores, a los guionistas, a las empresas, y piden el boicot del público. Para ellos, esta destrucción de la «identidad falseada» por la cultura del «rostro pálido» es tan importante como reclamar una igual-

LOS MEXICO-AMERICANOS

dad factual en el terreno de las oportunidades materiales. He aquí un tipo de reivindicación, la propia imagen como adelantada de la propia identidad, que los movimientos revolucionarios americanos pueden patentar a nivel mundial. Autorreconocerse históricamente es una variante de la «conciencia de clase» que merece un cuidadoso análisis y una pronta aplicación a niveles europeos. Porque a otra escala, también la Europa neocapitalista ha creado una espléndida confusión de identidades sociales y de imágenes. Una de las habilidades del neocapitalismo consiste no en reprimir los gritos, sino en atrofiar las lenguas. No en destruir al antagonista, sino en trazarle los espejos para que adquiera la locura de reconocerse en la imagen del supermán consumista que le devuelven las imágenes de la publicidad comercial y política.

Los «chicanos» luchan por desbrozar sus señas de identidad y luchan en el frente concreto de la dialéctica cotidiana. Denuncian la desigualdad de oportunidades en la enseñanza y en la posibilidad de encontrar empleo. Un interlocutor «chicano» me decía en Los Angeles:

—De doscientos niños «chicanos», sólo uno consigue un título de profesional en todos los colegios de la nación. Un uno por ciento obtiene el título de bachiller. En los colegios especiales para retrasados mentales, un ochenta por ciento son niños negros o hispanos.

Los niños «chicanos» estudian una historia que glorifica a todos los rapiñadores del pueblo mexicano.

—Los libros de texto no cumplen con los requisitos de las leyes estatales, que obligan a mencionar las aportaciones a la civilización de todos los grupos étnicos que componen el Estado.

Denuncian los acuerdos a altos niveles entre México y Estados Unidos, mientras siguen sin resolverse los problemas no sólo de los mexicanos radicados en Estados Unidos, sino el problema de las drásticas leyes de inmigración, que discriminan la entrada de trabajadores mexicanos. Muchas veces recuerdan que el Presidente López Mateos tuvo el coraje de decir en 1959, en la mismísima Washington, que el mayor problema para la mayor parte de los países latinoamericanos son los Estados Unidos. Díaz Ordaz y Echevarría han suavizado notablemente las relaciones con los Estados Unidos. Johnson le devolvió a Díaz Ordaz unas cuantas hectáreas de suelo mexicano anexionado en el pasado. Fue un acto simbólico, de «public relations».

Un acto que no repercutió en beneficio de ese 25 por 100 de población «chicana» en situación de desempleo, un tanto por ciento elo-

cuenta si lo comparamos con el promedio de «rostros pálidos» en idéntica situación laboral: un 7 por ciento. Precisamente para evitar ese «desagradable» espectáculo social, el gobernador de California, Ronald Reagan, apoyó la Ley Dixon Arnett, que velaba celosamente por la entrada legal de trabajadores mexicanos en Estados Unidos. Esta ley entró en vigor en febrero de 1972, y dice, más o menos, que «ningún patrón, a sabiendas, empleará a un extranjero que no tenga residencia legal en Estados Unidos». Los del «chicano power» han visto que esta ley, por una parte, significa una discriminación flagrante, por cuanto el cupo de inmigración legal es estrechísimo para los hispanos. Además, es una ley que ni pintada para favorecer inmigración y empleo clandestino en condiciones de bajos salarios.

Pregunta el «Chicano Power» a la Ley Dixon Arnett, aprobada por Reagan para el Estado de California:

1.º ¿Desde cuándo un Estado determina las leyes de inmigración, que son sólo de incumbencia federal?

2.º ¿Quién es verdaderamente el extranjero que no tiene derecho legal a residencia en este país: los anglos o los mexicanos?

3.º ¿Quién determinará si están causando efectos adversos a los trabajadores con residencia «legal» (trabajadores «gringos»), si éstos no aceptan los empleos por los sueldos tan bajos que pagan a los trabajadores «ilegales» (mexicanos).

Como respuesta a la Ley Dixon Arnett se ha creado la asociación CASA, que aglutina a los trabajadores «ilegales» y les ayuda a luchar por sus derechos. Esta asociación no sólo plantea la batalla laboral, también arma culturalmente a los trabajadores mexicanos. En la Universidad del Pueblo les ofrece clases de Inglés, cultura e Historia de México; clases de guitarra, bailes folklóricos mexicanos, defensa personal, enfermería, conducción de automóviles, guardería infantil.

Un programa claro

CASA no tiene pelos en la lengua y se ha despatchado con un memorial de agravios y exigencias digno de que lo transcriba casi íntegro:

«Considerando que esa porción del continente Norte Americano, que abarca el área de tierra que generalmente es conocido como el Sudoeste de los Estados Unidos, es una parte Natural e Histórica del Suelo Patrio Mexicano, y una parte arrancada a la Madre Patria Mexicana; y

«Considerando que debido al apoderamiento de Su Suelo Patrio

por la fuerza militar de las armas, por el gobierno imperialista de los Estados Unidos, el Pueblo Mexicano cayó bajo la criminal ocupación de esa brutal potencia extranjera, y con eso, a su bárbaro sistema de explotación, de racismo y de genocidio, y se le mantiene víctima de esas condiciones incivilizadas y o es forzosamente deportado de su propio suelo contra su voluntad; y

«Considerando que ese estado de extrema brutalidad continúa existiendo en forma institucionalizada por parte del Enemigo número uno del Pueblo Mexicano, el Departamento del Servicio de Inmigración y Naturalización, quien constantemente hostiga, aterroriza brutalmente, divide familias, sepa-

la inmediata organización de completa legalización de la residencia permanente a todas las personas sin documentos; el derecho a toda la familia Mexicana a traer a los Estados Unidos a sus parientes con completa residencia permanente legalizada con el propósito de reunir a la familia».

Esta arrogancia verbal suele ir respaldada por la arrogancia en la acción. Para el pueblo «chicano», una fecha que pasará a la historia de su toma de conciencia fue el 29 de agosto de 1970. Una manifestación de casi 30.000 «chicanos» desfilaron por las calles del Este de Los Angeles manifestándose contra la guerra de Vietnam. También figuraba un grupo de porto-



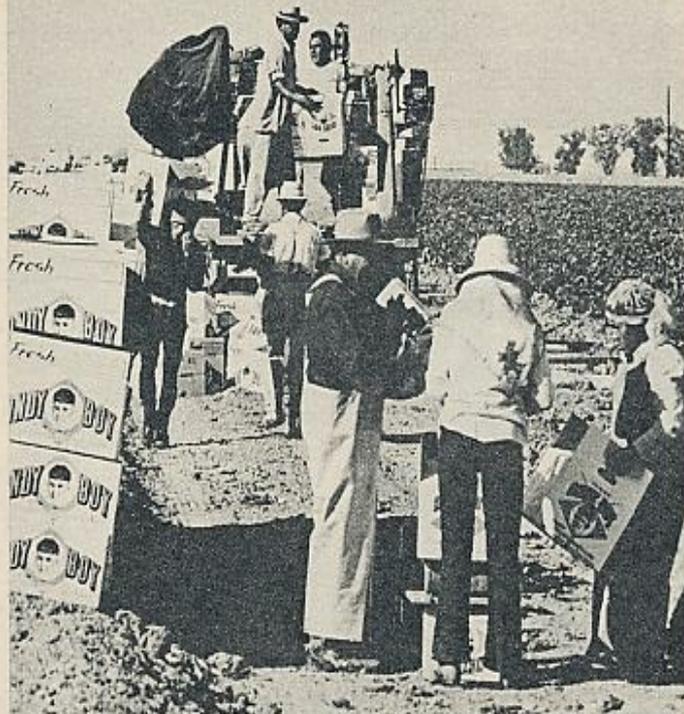
rándolas con su cruel método de invasión de hogares, redadas y detenciones, con propósitos de deportación, completamente desconociendo sus derechos de proseguir su tránsito en su propio suelo; constituyendo eso la más flagrante forma de agresión a los derechos Naturales de un pueblo, y una vergonzosa violación de sus Derechos Humanos que garantiza la carta de las Naciones Unidas; por lo tanto,

«Resuelve: demandar la inmediata disolución de las fuerzas de inmigración y Naturalización a lo largo de la frontera estadounidense-mexicana; su cuerpo de oficiales, agentes y cualquier otro personal, allí o en cualquier otro lugar, donde constituyan una fuerza de represión y una amenaza a las vidas y derechos del Pueblo Mexicano; y por lo tanto, además:

«Resuelve, demandar la completa liberalización de todo el que cruce la frontera entre México y los Estados Unidos. La eliminación de todas las cuotas de inmigración y

rriqueños especialmente llegados de Nueva York, pertenecientes a la organización La Familia. Los manifestantes daban gritos a La Raza, al «Chicano Power», a Pancho Villa, a Murrieta, a Zapata. El «Che» Guevara miraba acristado desde el «poster» de su victoria cubana o desde el «poster» de su agonía boliviana. Los manifestantes trataban de comunicar al mundo que su batalla no estaba en Vietnam: «Nuestra batalla está aquí. Si tenemos que morir, no vamos a morir en Vietnam».

Este comunicado fue escuchado preferentemente por la Policía de Reagan. La manifestación llegó al parque de La Laguna, y entonces, cayó sobre ella el peso del poder: bombas lacrimógenas, porrazos y disparos. Curiosamente, los disparos acertaron en el cuerpo de uno de los luchadores más destacados del «Chicano Power», el periodista Rubén Salazar, director de noticias del Canal 34, especialmente dedicado a los problemas de la pobla-



En San Francisco hay unos setenta mil «chicanos». En Los Angeles hay centenares de miles. Como en todas partes, los inmigrantes de última hora son los que hacen los trabajos peores y menos remunerados...

ción hispanoparlante. El disparo que mató a Rubén Salazar selló de la mano del agente Thomas Wilson, que posteriormente fue exculpado por el Tribunal «porque ejecutaba su deber bajo penosas y arriesgadas condiciones». Los «chicanos» responden que esas penosas y arriesgadas condiciones fueron provocadas por la bisonñez y el nerviosismo de las fuerzas del orden, que recurrieron a la fuerza bruta

para desarticular una manifestación pacífica. Durante la manifestación hablaron César Chávez y Gorky González, se cantaron corridos de la revolución mexicana, Guadalupe Saavedra leyó el Credo «chicano». Rubén Salazar daba órdenes a los cámaras del Canal 34.

La sangre del periodista combativo fue una sangre perfectamente escogida, insisten los del «Chicano Power». La madre lo declararía así

a un periódico mexicano de Ciudad Juárez: «Rubén fue asesinado, todo estaba preparado; claro que es difícil probarlo, pero todo tendió a eliminarlo por la campaña que venía haciendo en beneficio de los México-americanos y mexicanos». Rubén Salazar, Sandoval, nombres de dos muertos que se convierten en mitos nada más caer su cuerpo a tierra; como es un mito César Chávez, el líder constante, o Ricardo Chávez Ortiz, el raptor del avión en la ruta hacia Phoenix. Un poema del indio Jerónimo exalta el 29 de agosto de 1970.

«Repartiendo garrotas a los
[hombres y mujeres
cuya culpa no era otra que ser
[de bajos niveles
y haber sido descendientes de los
[dueños de estas tierras,
que a sus abuelos quitaron pira-
[tas y aventureros
que no tenían más decencia de
[tener rubios los pelos».

Salvemos la bondad métrica de los versos y quedémonos en la poderosa emotividad popular. Esa misma emotividad que canta el cadáver de Rubén Salazar:

«Rubén Salazar,
tu vida no fue en vano,
y lo que escribió tu mano
no lo dejaron de pensar
para superación del «chicano»
y el bien del género humano».

Este poema de Arturo Sanches tiene algunas estrofas que sorprenden un tanto al extranjero que ha llegado al país cargado de categorías, prejuicios, apriorismos europeos.

«En este país, pobre rico,
se piensa en privado
o lo dejan tirado
con el pico collado;
la verdad es la suerte
que tiene pena de muerte».

Escuchad, escuchad

El mundo está principalmente pendiente de arreglar las grandes cuestiones con grandes palabras y grandes ademanes. Las pequeñas causas, pequeñas según la escala de medidas creada por el supersistema cósmico, siguen aplazadas, en letargo. Pero de vez en cuando sus víctimas recuperan el escenario de los grandes acontecimientos sólo un instante. El que les permite la represión para que puedan gritar: ¡Escuchad, escuchad!, ante la desidia y la parsimonia del «honnête homme». Los poemas de Sanches o el Indio Jerónimo, los discursos de César Chávez, la voz de esos «chicanos» que me hablaron, de estas publicaciones casi «underground» que sobreviven con su verdad a la sombra de los «empiriums» informativos al servicio de la perpetua verdad insuficiente, no han merecido grandes audiencias; como no las han merecido los problemas de los palestinos o los de los irlandeses hasta que el lenguaje de la violencia desgarrada forzó la atención de un público desganado.

Por eso se cometieron actos que solemos calificar de desesperados, y que, sin embargo, están cargados de esperanza, porque aún se basan en la creencia de que basta hacer consciente a todo el mundo de una situación injusta para que la situación sea superada. Patético error. Dürrenmatt ha sabido expresar el más profundo absurdo de nuestra época de tantas como insuficientes luces: «¡Qué tiempos estos en los que es preciso luchar por lo que es evidente!». Ricardo Chávez Ortiz, con su acción de secuestro, creyó congrega la atención mundial porque se limitaba a gritar: ¡Escuchad! Condenado a cadena perpetua escribió a gentes ilustres para que no se perdiera totalmente el eco de su mudo grito, de su muda llamada de atención sobre el problema «chicano». Una de las cartas se dirigió a Mario Moreno «Cantinflas», en su condición de «mexicano universal». La carta de respuesta es una prueba. Una prueba de que sólo hablando, la gente nunca se entiende del todo. ■ M. V. M.

SEÑOR RICARDO CHAVEZ ORTIZ. 218 SO, CUMMINGS ST. LOS ANGELES (CALIFORNIA).

Mi muy estimado amigo:

Recibí su carta, la cual me dio gusto, advirtiéndole que de ninguna manera me ha molestado, sino todo lo contrario, me ha gustado saber cómo se encuentra, pues yo hace poco tiempo que estuve en Tijuana, y le mandé saludos a través de unos amigos periodistas que me informaron de su situación, aunque yo ya estaba enterado por la prensa y otras vías de información.

A ellos les hice saber que lamentaba profundamente que usted hubiera tenido que llegar hasta el extremo de cometer un acto de piratería para protestar por las injusticias de que es víctima nuestra raza pobre en ese país. Y le digo que lo lamento, porque, desgraciadamente, no toda la gente comprenderá las razones del porqué usted actuó en esa forma, ya que usted estoy seguro que de ninguna manera tuvo la intención de cometer un acto

criminal, pues también estoy seguro que usted es un ciudadano honorable y que se vio precisado por las circunstancias a actuar en la forma que lo hizo.

No es que quiera yo tampoco felicitarlo para estimular un acto que no está dentro de la ley, pero ojalá lo que usted hizo sirva para agrupar a la raza, y ya unidos (como debieran estar todos los «chicanos»), enfrentarse a las situaciones injustas y luchar dentro de la ley por los derechos que les asisten en cualquier parte del mundo, y que entiendan que llevar sangre mexicana en nuestros cuerpos debe ser motivo de orgullo en lugar de sentimientos complejos, pues puedo asegurarle que los mexicanos que no hemos emigrado sentimos profundamente todo lo malo que les pasa a nuestros hermanos de raza.

Por lo que respecta al caso de usted, espero que el Gobierno de ese país tome en cuenta que usted ha sido un hombre trabajador, que no es un criminal ni tiene antecedentes, para que éstos

sean atenuantes definitivos en su proceso.

Respecto al caso de la niña Rosa María Xamudio, desgraciadamente no podría yo hacer una presentación por haber muchos factores que, por el momento, me lo impedirían; uno de ellos es tener que salir a España dentro de unos dos o tres días para filmar una película; sin embargo, no es esa la única forma en que podría cooperar en este caso, pues pienso que aquí también podríamos pedir la ayuda entre algunos compañeros artistas para, con la cooperación de todos, hacer la lucha de salvar la vida de esa niña.

Espero que, no obstante las adversidades que usted ha tenido, no se deje vencer por el destino, pues todos, en una forma o en otra, luchamos contra las injusticias y deseamos la paz y la fraternidad para nuestros semejantes.

Reciba usted el afecto de su amigo, ■ MARIO MORENO, «CANTINFLAS». («La Raza». Volumen I. Número 9. Septiembre, 1972.)